

EL NOBEL PARA "AMNESTY INTERNATIONAL"

EDUARDO HARO TECGLÉN

El Premio Nobel de la Paz para Amnesty International tiene la virtud de evocar y suscitar una de las cuestiones más inquietantes del mundo contemporáneo: el número creciente de personas encarceladas y perseguidas, y hasta condenadas, en razón de sus convicciones políticas y religiosas. Como cuando se habla del terrorismo o de lo que el tópico acuña como "la violencia del mundo contemporáneo", conviene recordar y precisar que por lo que se refiere a Europa estos dos tipos de violencia, la de los Estados y la de los activistas, son bastante más reducidas —en número— que en cualquier otro momento de la Historia conocida. Las civilizaciones conocidas han progresado mucho en el sentido del respeto ajeno: cualquier vistazo hacia la época de las inquisiciones y las hogueras —no sólo en España—, a las torturas venecianas, la Torre de Londres, las "oubliettes" francesas o las purgas de Stalin nos hará estar satisfechos, aunque sólo sea con relatividad, de la época y el lugar en que vivimos. No sin olvidar que una gran parte de las generaciones existentes han conocido rasgos de violencia estructural tan brutales como los más antiguos, en la forma de los campos de concentración alemanes, y formas de opresión de la libertad de pensamiento, de opinión y de expresión de las que muchos españoles pueden dar testimonio. Lo que sucede es que si numéricamente Europa ofrece hoy un panorama de reducción de la violencia —pese a los tópicos—, su simple existencia choca más con una conciencia del derecho a la libertad que en otros tiempos apenas existió, si es que existió. Hay fenómenos de los que podemos estar satisfechos a pesar del pesimismo habitual del ciudadano contemporáneo: la conciencia del mal absoluto que son las guerras, la negación del terrorismo como arma política, la conciencia de la libertad de pensamiento, la del respeto a la vida humana. No es que no hayan tenido en todas las épocas de la Historia sus defensores: pero sí que la

conciencia colectiva contemporánea ha llegado a penetrar en las formas de convivencia y a forzar incluso a los Estados. Los dos puntos negros esenciales de esta cuestión son éstos: uno, que los países donde esta conciencia se va imponiendo son muy pocos en comparación con la totalidad del mundo. Otro, que no se sabe

tiza que ese período negro pueda durar años o siglos.

Amnesty International procede, como todo este tipo de movimientos de conciencia, de un sobresalto intelectual. Se atribuye su origen a un artículo sobre los "prisioneros olvidados" —Peter Benenson, Londres, 1961— y al intento de una campaña para



Thomas Hammarberg, presidente de Amnesty International, durante conferencia de prensa en Estocolmo.

en qué momento se va a romper y olvidar para dar paso a lo que algunos llaman ya "una nueva Edad Media". Las viejas nociones de procesos históricos irreversibles, del sentido de la Historia o del progreso del humanismo son demasiado inseguras. En cualquier momento puede venir un período negro, y nadie garan-

conseguir la liberación de esos prisioneros en forma de amnistías nacionales. Se la ha llamado "Cruz Roja de los prisioneros políticos" y ha intentado siempre estar por encima de las tendencias políticas del mundo contemporáneo para señalar, fuese donde fuese, cómo la patología de esas tendencias políticas llega a

ejercer toda clase de presiones —torturas, cárceles, exilios, hambre— sobre sus enemigos ideológicos. Ha sufrido, por lo tanto, ataques más bien feroces, e incluso persecución de sus miembros. Si desde la URSS se la ha podido acusar de estar formada por agentes de la CIA y servir para fines de guerra fría y de desestabilización política, desde los Estados Unidos se la ha denunciado como vendida al "oro de Moscú", e infiltrada por los comunistas. En España se han escrito cosas terribles contra Amnesty International cuando esta organización ha intentado preocuparse de la situación de los prisioneros políticos en nuestro país. Que algunos de los que han escrito esas ofensas figuren hoy en una línea literaria de defensa de la democracia e incluso de las formas de amnistía en nuestro país puede significar una especie de cinismo personal, pero, por encima de esa consideración, significa también que la idea de las libertades de pensamiento es, por lo menos, una buena moda, y que hay que aprovechar su corriente. Mientras dure. Lo que sucede es que muchas de esas personas, y no sólo las que se introducen en una moda, sino las que de buena fe creen en la libertad de los demás, no suelen ser comprensivas en el pequeño ámbito donde tienen una parcela de poder —empresa, familia, asociación— y siguen creando unas dictaduras privadas contra las que es aún más difícil luchar que contra las grandes estructuras.

Si se puede señalar que hay un número creciente de perseguidos políticos en Europa es sin duda como consecuencia de unas contracciones económicas que están reanudando las hostilidades de las clases sociales. En realidad, si la ideología del respeto a los otros tiene un fondo de conciencia y de filosofía de la convivencia, su práctica se debe mucho a un pacto. La ideología procede en parte de las formas culturales de la independencia de Estados Unidos y de las formas políticas de la Revolución Francesa —que, por cierto, en implantación no fue nada ajena a toda clase de violencias estructurales y de terror de Estado— que ha ido adelantándose en el mundo por la vía de la izquierda. Está claro que el respeto a los demás procede de la izquierda y es su arma: a la derecha le ha bastado con su fuerza y su ejercicio del poder —armas, dineros o ideas dominantes de sacralización y otras supersticiones—

EL NOBEL PARA AMNESTY INTERNATIONAL

para hacerse respetar. Estas formas de conciencia han podido penetrar profundamente en el mundo contemporáneo gracias, en parte principalísima, a una forma de "equilibrio del terror", de la misma forma que la idea de paz mundial se ha abierto paso por lo que se ha denominado precisamente equilibrio del terror, o imposibilidad de hacer la guerra por la destrucción mutua. Tal impotencia se ha recubierto de justificaciones morales, éticas, filosóficas y literarias. La otra paz, la que se ha llamado "paz social", o formas civilizadas de convivencia, no procede de una situación más pura. Revoluciones y contrarrevoluciones han hecho demasiada sangre y demasiada tragedia en Europa como para que no haya una retracción de miedo en todos los sectores. En este sentido, es mucho lo que les debemos a Stalin y a Hitler. Nadie quiere ser matado por el otro, encarcelado o perseguido por el otro, y todos venimos a comprender que si comenzamos por respetar al otro podemos esperar, aunque sea débilmente, que el otro nos respete a nosotros. La situación actual de la convivencia española puede parecer hermosa, y merecer rapiditas de todo tipo en las que exalte la capacidad de cesión que tenemos todos para respetarnos, y cómo nuestras conciencias han evolucionado lo suficiente como para admitir la relatividad de nuestras verdades. En la realidad lo que hay es un miedo considerable a que se reproduzcan sucesos no muy lejanos. Vivimos en relativa paz política gracias también a una especie de equilibrio del terror, y si hay unos sectores que tienen que ceder más que otros es porque el equilibrio de fuerzas no está en el fiel de la balanza, se inclina más de un lado que de otro. Por ahora nuestra convivencia está hecha más de porcentajes, de repartos proporcionales, que de una situación igualitaria y un equilibrio justo. Lo cual no es muy distinto de lo que sucede en otros países del mundo.

El miedo en Europa al crecimiento de la violencia estructural y de la violencia callejera es probablemente inferior a otro miedo menos conocido, aunque sí suficiente denunciado: el de la violación de las formas de conducta y pensamiento por medios más sutiles que la cárcel, menos visible. Está, por lo menos, de-

amnesty
international

PRISIONEROS DESAPARECIDOS EN CHILE



Portada de uno de los informes, siempre serios e irrefutables, que regularmente publica Amnesty International sobre las violaciones de los derechos humanos en el mundo.

nunciado en algunas de las utopías negativas de este siglo, como pueden ser "A brave new world" (traducido en España como "Un mundo feliz"), de Huxley, o "1984" y "Animal Farm", de Orwell. Es decir, una penetración de los medios persuasivos del Estado y de la organización de la convivencia con una violencia invisible en la intimidad y en la mentalidad de cada ciudadano. Algunas de estas utopías negativas están pen-

sadas para criticar formas dictatoriales cerradas del Estado. Las realidades que están sucediendo en formas abiertas, en formas que conservan o apuntan el esquema de las libertades públicas. La torsión semántica que hace que estas medidas se llamen como, por ejemplo en España, de "defensa de la democracia", demuestra por sí misma cuál es la vía de penetración: la sutileza de tomar desprevenido al individuo en su última defensa, que es la del lenguaje reflexivo. Sigamos con ese ejemplo: si en esa propuesta de proyecto de Ley en España se apunta la necesidad de las escuchas telefónicas y de la apertura secreta de correspondencia para conseguir que los terroristas no destruyan la democracia, nadie que tenga un honesto sentimiento primario dejará de comprender que "puede" ser necesario y que en momentos de "excepción" —otra palabra de la línea del engaño— todo ello sea preciso. Pero al mismo tiempo, millones de personas, todo el país, se sentirá escuchado y leído y, aunque sea lo más lejano posible al terrorismo, vacilará al hablar por teléfono o al escribir una carta en expresar sus problemas privados —familiares o económicos y sin duda políticos—, porque sabrá que el Estado tiene ojos y orejas para él. Se habría expandido así un terrorismo blando, un terroris-

mo invisible. Este es quizá un ejemplo grosero y fácil de otros medios de mayor sutileza para el control y la vigilancia de todos. Ciertas formas llamadas científicas, de amplia escuela y repercusión, se producen ya en ese sentido, como la de Skinner y su "tecnología del comportamiento". Skinner pretende fabricar el hombre "naturalmente bueno": es decir, incapaz de producir la superpoblación, de entrar en guerras, motines sociales o formas contrarias a la ecología mediante una forma de condicionamientos exteriores a él, desde el momento en que "la libertad individual es un fetiche que lleva a Occidente a su pérdida", que "la autonomía del hombre es un mito" o que "el libre albedrío no existe": la modificación del hombre para ser "bueno" estaría fabricada por "ingenieros del comportamiento". (El libro en que principalmente expone Skinner sus teorías es "Beyond Freedom and Dignity", "Más allá de la libertad y de la dignidad": desde su aparición en 1971 ha vendido ya millones de ejemplares.)

Cierto que contra estas formas, sutiles o groseras, de penetrar en la conducta humana, de forzar el libre albedrío y de hacer responder a conceptos preestablecidos de "bondad", no puede luchar Amnesty International... ■

El premio Nobel concedido menos veces

MIENTRAS los Premios Nobel de Medicina, Física, Química y Literatura suelen concederse año tras año con relativa normalidad —seguramente porque para cada uno de ellos existen siempre centenares de candidatos perfectamente cualificados—, el de la Paz deja de otorgarse en numerosas ocasiones. Este mismo año se ha concedido por partida doble —ya que el de 1976 no fue entregado cuando debiera serlo—, premiando los esfuerzos de una organización pacificadora irlandesa y los generosos trabajos de Amnistía Internacional en defensa de los derechos humanos de cuantos padecen prisión por motivos políticos. (Por desgracia, ni en Irlanda reina la paz, ni las torturas ni la injusticia han dejado de cebarse en millares de reclusos políticos en los más diversos rincones del globo.)

Aunque los Nobel comenzaron a concederse anualmente en 1901, el galardón de la Paz sólo se ha otorgado en 59 ocasiones, quedando desierto en otras 18. La razón es obvia, cuando recordamos que desde comienzos de siglo el mundo no ha gozado de un solo día de absoluta paz. Aparte de los diez años que estuvo envuelto en las dos mayores catástrofes bélicas conocidas en el Transvaal, China, Rusia, Méjico, los Balcanes, Turquía, Egipto, la India, el Chaco, España, Grecia, Insulandia, Corea, el Congo, Cuba, Vietnam, Argelia, Angola y Etiopía, así como en otros mil lugares diferentes.

Además de no ser concedido este Nobel dieciocho años distintos, en otros trece no premió la obra de un individuo aislado —que no había nadie con méritos personales para alcanzarlo—, sino asociaciones u organismos colectivos, oficiales u officiosos, nacionales o internacionales. Entre esos organismos figura en primer lugar —nada menos que por partida triple— el Comité Internacional de la Cruz Roja, seguido por la Oficina Permanente de la Paz en Berna, del Comisariado de Refugiados de la Sociedad de Naciones, la Unicef, la Organización Internacional del Trabajo y otros varios.

Tan sólo en 43 ocasiones en lo que va de siglo se concede el Premio Nobel de la Paz a personalidades más o menos destacadas. Y justo es afirmar que si algunas reúnen méritos suficientes, otras muchas carecen de ellos. Hace poco tiempo escandalizó al mundo entero su concesión al famoso secretario de Estado americano Kissinger, entusiasta y decidido defensor del imperialismo industrial y bélico de los Estados Unidos. Lo curioso del caso es que el mismo premio fue concedido en dos ocasiones anteriores a otros dos antecesores de Kissinger en la Secretaría de Estado —Cordell Hull y Marshall—, ninguno de los cuales se distinguió por su espíritu pacifista. Aunque más sarcástico todavía fuese su concesión en 1906 al Presidente Theodore Roosevelt, paladín del expansionismo yanqui, espíritu belicoso y violento, "el riflero temible y el fuerte cazador" de la célebre oda de Rubén Darío, que hace ya más de setenta años amenazaba a los pueblos del Sur del Río Grande con la conquista estadounidense. ■

E. G.